

BENJAMÍN SUBERCASEAUX

ANTROPOLOGIA Y UNIVERSIDAD

BENJAMÍN SUBERCASEAUX

ANTROPOLOGÍA Y UNIVERSIDAD

Lección de Clausura del Curso de Psico-Antropología, dictado en la Escuela de Medicina de la Universidad de Concepción, durante el año universitario de 1961

Es DE TODA evidencia que la Humanidad, al término de su proceso de homonización, ya consolidado, ha debido formularse dos preguntas fundamentales. La primera: "¿Cómo haré para vencer este medio externo y poder así subsistir (*Primum vivere, al cabo...*)?" La segunda: "¿De dónde provengo; quién soy; qué represento dentro del conjunto de los seres vivos?"

Sabemos cómo, la primera pregunta, atingente a su subsistencia, la fue resolviendo la Humanidad paulatinamente, y cómo la Ciencia y la Técnica constituyeron el fundamento de un extraño progreso explosivo que culminó en el mundo que conocemos. Trabajo penoso, concebido como siempre por unos pocos, que lo realizaron entre el ensueño y la apremiante realidad, sedientos de saber y, ordinariamente, despreocupados de su propio beneficio y provecho. Y tanto, que la historia del progreso humano podría ser también la historia del sacrificio desinteresado de un puñado de hombres, torturados por el deseo de arrancar una respuesta a la Naturaleza. Por otra parte, la historia, también, de una inmensa masa humana que se apropió de la labor de estos sabios con finalidades eminentemente prácticas, productivas, y en manera alguna, desinteresadas.

El segundo interrogante que se planteó la Humanidad —esta vez en relación a la motivación de su propia existencia— fue tardío, confuso, mal planteado y, hasta ahora, hartamente oscuro en sus hallazgos y poco práctico en sus resultados (que lo digan las religiones y sus morales), como que de esta filosofía no derivaría provecho material alguno, y sí mucho descrédito dentro de la orgullosa concepción que los hombres se forjaron sobre sí mismos, en aquellos mitos que se crearon para su justificación y consuelo, y de la moral que se inventaron para su uso propio y un mejor dominio sobre los demás.

Sabemos cómo, filosofías y religiones, centraron su preocupación en proporcionar diversas respuestas a esta segunda pregunta: “¿Quiénes somos, de dónde provenimos, y qué representamos dentro del concierto de los seres vivientes?” Se ha dado en llamar a estos problemas: “el Humanismo”, por oposición a las disciplinas científicas que, ellas, marchan por su lado siguiendo orientaciones opuestas y en lucha con las realidades tangibles, harto complejas de por sí y como polarizadas sobre un dominio de hechos inmediatos, nada especulativos, y sometidos a imperiosos confrontamientos donde el hombre no tendría nada que decir, y donde las “leyes naturales” parecen acallar con su voz potente las dudas y perplejidades del hombre de ciencia, hasta convencerlo “de que él no cree sino en lo que ve”; cuando en verdad no ha hecho sino segmentar injustamente su mente para ocuparla de preferencia en lo inmediato. En otras palabras, en aquello que le exigía el utilitarismo de las mayorías; por lo que llegó así a renunciar y a entregar la parte más noble de su ser pensante a las lucubraciones de los filósofos, a la demencia mágica de los mitos, y a los vulnerables y versátiles postulados de los moralistas. Aquel dominio inmenso del Humanismo, que debió ser compartido con la Ciencia, fue desechado durante largo tiempo por los científicos, como si temieran con él prostituir a la Ciencia y prostituirse ellos mismos, cuando de hecho estaba ocurriendo lo contrario, ya que, sin el aporte humanístico, el hombre de ciencia quedaba inerte ante la malicia de las mayorías utilitarias, que lo aprovecharon sin que él lo advirtiera en las causas más innobles, como ha sido, por ejemplo, la triste experiencia de la guerra nuclear.

No es otra la razón —como dijimos— por qué esta segunda pregunta fue confiada a los filósofos y pensadores de profesión, los cuales, si bien es cierto, buscaban información en los hallazgos de la Ciencia, casi siempre lo hicieron desde el ángulo del que juzga, aquilata e interpreta, dentro de un plano ajeno a su saber y experiencia, y que como tal engarza la Ciencia a sus teorías a la manera del joyero con la piedra preciosa que habrá de colocar en la esplendorosa joya, ignorando todo lo que la piedra es en sí, sea en su composición química, en su aspecto petrográfico o, simplemente, en su significado geológico.

¡Es la gran tragedia del mundo actual! Por un lado, hombres de ciencia que nada saben fuera de su ciencia; por otro, filósofos, que todo lo ignoran de esa realidad externa, que no siempre proviene de su realidad interna ni está de acuerdo con ella.

*

*

*

Nos excusamos de traer a colación tan abstracto exordio, pero el tema de que nos vamos a ocupar "Antropología y Universidad" viene a resultar como una ilustración de lo que venimos sosteniendo, y como una prueba y ejemplo de los obstáculos que será preciso sobrepasar y vencer si hemos de continuar en lo que se ha dado en llamar "el Progreso"; en realidad, la Evolución, que rige todo lo que existe, viviente y no viviente; pero que en el caso especialísimo del Hombre, esta evolución ha tomado un aspecto —como decía Julian Huxley— "consciente, autónomo y autodirigido". Grave peligro que nos sustrae en cierta manera de la tutela de Natura, poniendo en nuestras manos, no sólo la búsqueda del puerto anhelado y todavía invisible —y por consiguiente, desconocido— sino también el trazado del rumbo y el hazaroso oficio de conducir la rueda del timón; de ser *kibernetes* (para emplear el vocablo griego) de nuestra propia *kibernetica*...

La verdad sorpresiva (y cuando una verdad es al mismo tiempo una novedad, no puede sino resultar sorpresiva) es que esta humanidad nuestra, que creemos llegada al pináculo de su desarrollo y potencia, está realizando su tarea en forma desorientada y poco eficiente, por la muy simple razón de que se halla en las primeras fases de su evolución psíquica. Vivimos épocas arcaicas y, en suma, somos y estamos extraordinariamente atrasados en lo que concierne a nuestra vida mental. No lo decimos solamente en lo tocante a la moral y a la mutua convivencia, donde ya nadie siente dudas al respecto, sino también en lo tocante a la jerarquización de los conocimientos y a nuestro modo habitual de pensar.

Ensayo interesante sería aquel (que recomiendo a futuros historiadores y filósofos) donde nos mostraran cómo el hombre contemporáneo (excepto, quizás, en los dominios recientes de la Física, la Química y la Cibernética), a pesar de sus progresos formidables, tarda centurias y milenios en modificar las viejas ideas, ya inadecuadas, que nunca abandona del todo, y que se esmera en perfeccionar y ajustar valiéndose para esto de los progresos de la Ciencia, que luego aplica en el menos prometedor de sus resultados. Valga como ejemplo actual y tremendamente presente, aquel "orden de ideas" que se mantiene con porfía nada razonable, en la evolución técnico-biológica que va de la garra animal a la bomba atómica.

Sabemos que el animal, puesto en trance de ser atacado por otro —incluyendo al hombre mismo— es conducido por su instinto de conservación a detener a su agresor; valga decir, a paralizarlo. El animal ignora —de más está decirlo— la anatomía y fisiología del organismo vivo. Así, pues, su "grabación preestablecida", su esquema instintivo, lo lleva ciegamente a emplear sus músculos, sus garras y

caninos, para ensañarse sobre el enemigo con la finalidad —un tanto excesiva— de “desmontar” su máquina biológica; valga decir, de matarlo. No cabe la menor duda de que un animal muerto es el animal mejor paralizado. La Naturaleza dotó a ciertas especies de venenos sutiles, paralizantes o mortales, que en algunos sirven con fines propios, como el de mantener la presa viva pero inmóvil —como ocurre en ciertos insectos—, o bien, que la destruyen y matan por vía química, como ocurre en ciertos reptiles y arácnidos. El Hombre, que no ha poseído otro veneno paralizante que el de su lengua (y esto, tardíamente, y en un plano moral); que tampoco sabía en sus orígenes, de anatomía y fisiología, siguió el método arcaico, animal: detener al enemigo destruyéndolo, desmontando su máquina biológica. Desde el Coul-de-Poing, pasando por la lanza, la flecha, la catapulta, la pólvora, el TNT, y la bomba de fisión y de fusión, el Hombre no ha hecho otra cosa. O sea, matar, como el método más rápido y económico (no siempre) para paralizar al enemigo, sea en la defensa como en la agresión. Un método, como vemos, excesivo e irracional, y al que vendría como dedo al guante aquel refrán chino que dice: “No es necesario poner en libertad a un tigre cuando se trata de cazar un ratón”. . . Los progresos de la Ciencia, explotados y aplicados por el hombre del común, valga decir, por los militares, no hicieron sino agravar este estado de cosas y poner de relieve el absurdo de la vieja idea. Peor aún: desde el descubrimiento de la pólvora, siguiendo con el TNT y la bomba nuclear, ya no nos limitamos a desarmar la máquina biológica sino que, para conseguirlo en mayor escala, destruimos y desorganizamos la materia inerte de los propios objetos intelectuales creados por el hombre con gran esfuerzo, y que serían tan útiles para el invasor como lo fueron para el invadido. Comenzamos tratando de traspasar un escudo de cuero o una armadura de hierro, y hemos terminado destruyendo ciudades enteras, con sus puentes, edificios, universidades, hospitales y museos. Todo por no haber podido librarnos de la vieja idea: destruir para paralizar. ¡Parece obra de dementes!, ya que de hecho nos coloca en un nivel pragmático más bajo que el de aquel Sphex, el “*Cerceris tuberculata*”, paralizador de presas, a las que sabe dejar con vida para utilizarlas después. ¡No es posible acabar así, tan desconsideradamente, con la poca masa de materia viva que encierra el planeta, siendo tan grande la masa de materia inerte que se le opone; sin esperanza de progreso, esta última, contrariamente a la infinita posibilidad genética de la materia viva, cuyas mejores combinaciones destruimos para siempre en los billones y billones de genes aventados por estos procedimientos masivos! Aquello no puede ser obra sino de seres todavía arcaicos,

ceñidos al proceder animal, y de un evidente retraso en su evolución psíquica, si tomamos en cuenta, sobre todo, las infinitas posibilidades cibernéticas QUE YA LE ESTARÍAN PERMITIDAS EN EL AVANZADO DESARROLLO DE SU ENCÉFALO.

*

*

*

Las Universidades, en su despreocupación por la Antropología y en su empecinamiento por enriquecer con métodos modernos lo ya inutilizable que heredamos de las viejas ideas, parecen calcar en lo docente aquello que la humanidad se empeña en realizar en lo bélico.

Vimos, al comienzo, cómo Ciencia y Humanismo parecen ser dos entidades paralelas, poco dadas a verse confundidas algún día en una sola y misma cosa. En verdad —y aquí podría tener razón la ciencia oficial— que estos dos planos del conocimiento parecen diferir en su esencia misma, y que no es igual estudiar el “Coeficiente de encefalización” —por ejemplo—, que la acción de un ácido sobre una sal; que no es lo mismo deslindar una responsabilidad moral, que aplicar la teoría cuántica a un electrón; tampoco están en un mismo plano el “Efecto Döppler”, aplicado a la posible expansión del universo, y la “especialización”, como factor evolutivo en la extinción de las especies. Pero aun así, imprudente cosa sería afirmar que no puede existir relación, ni aun remota, entre estos fenómenos tan inconciliables que aquí hemos citado, con intención, en su evidente disparidad.

Porque ocurre que la Antropología de nuestros días ha dejado de ser una ciencia especial para transformarse en una encrucijada donde se dan cita diversas ciencias del Hombre. Al decir antropólogo, debemos dejar de lado la vieja imagen francesa del antropólogo físico, inclinado sobre sus compases y medidas antropométricas; tampoco debemos caer en la visión del etnólogo que estudia las costumbres y que viaja de continuo entre pueblos exóticos, anotando lo útil y lo inútil con una seriedad detallista, pueril y majadera, pero a menudo, necesaria. Tampoco identifiquemos al antropólogo con el mero arqueólogo, mitad coleccionista utilitario, mitad violador legal de tumbas, que podrían merecer un respeto mayor del que suelen concederles algunos excéntricos del oficio. El antropólogo, tampoco es el sociólogo, especializado ahora hasta en el dominio comercial, con que la escuela norteamericana nos señala su ideal de la Antropología. Tampoco sería conveniente confundir al antropólogo con los auspiciadores de cierta modernísima medicina, llamada “antropológica”, y que en el fondo sólo es una medicina social y psicológica, como

siempre debió serlo el arte de curar, por poco que él se apartara de la veterinaria. . .

No negamos la conveniencia ni la imprescindible necesidad de que la Antropología reciba los aportes de estos investigadores. Pero es verdad también que, de no mediar un propósito que los sobrepase, los unifique y les dé una vertebración y meta, estos aportes no pasarían de ser sino un conjunto de hechos inconexos, y una serie enumerativa de fenómenos, valederos solamente dentro del estrecho marco y límite propuesto en cada sector de estas investigaciones; casi sin significación, por consiguiente, dentro de la Antropología en grande.

Ahora bien, ¿qué cosa es esta "Antropología en grande"?

Por su misma definición y necesidad —lo estamos viendo— ella va encaminada a transformarse en una Psicoantropología. Digamos: una *antropología* de la evolución mental del Hombre, y a la vez, una *psicología* del "fenómeno humano".

No cabe duda de que el Hombre, sean cuales fueren las cualidades y modalidades propias que pretendamos atribuirle, con razón o sin ella, *es indudablemente un ser viviente*, una máquina biológica; un animal, puesto que tal es el vocablo con que designamos a los integrantes de ese "Reino" biológico, para distinguirlos de los del Reino Vegetal. Somos animales, superiores o no, metafísicamente animados (provisto de un animae, a la manera de Aristóteles), o no; responsables, o no; religiosos, políticos, conscientes, morales; lo que se quiera, pero animales al cabo. Porque las modalidades que se le atribuyen SOLO TIENEN CURSO PARA EL HOMBRE MISMO, POR EL HOMBRE Y EN EL HOMBRE. La Naturaleza las ignora, y de hecho no parece necesitarlas mayormente para sus fines.

Ahora bien, la ciencia que se ocupa de los animales es la Zoología. Por esto he dicho, y lo sostengo, *que la Antropología es una Zoología Humana, o bien, no es nada ni representa cosa que valga.*

La Zoología —de más está decirlo— basa su estudio, principalmente, en los criterios diferenciales. El Hombre, como Primate que es, no posee diferencias somáticas notables, puesto que su morfología, extremadamente arcaica, deriva directamente de la inmensa floración primata que se dio en el Terciario medio y tardío, y su mano proviene de aquella "manito de rana" que se pierde en las profundidades de la evolución de los anfibios. Quizás si su pie, y por otra parte el desarrollo extraordinario de su encéfalo (fenómeno común con el Proceso de Cerebración Progresiva, que se inicia con los Primates dentro de la macro-evolución) sean las únicas novedades de los Homínidos, puesto que el resto de su cuerpo es —como lo dijimos— notablemente primitivo.

No así la parte funcional de su encéfalo, donde el conjunto de su psique y de las conductas derivantes, ESTABLECEN PARA EL HOMBRE UN EVIDENTE CRITERIO DIFERENCIAL ZOOLOGICO. De ahí que la Zoología Humana deba ceñirse en su meollo a este criterio diferencial, y tratar de condensarse en una psicoantropología del primate homínido.

*
* *
*

Tal posición, relativamente moderna, fija desde luego un criterio y confiere una importancia de primer orden a la Antropología dentro de los conocimientos imprescindibles que debe otorgar toda universidad digna de ese nombre. No se trataría ya de una rama aparte del conocimiento, un tanto especializada, donde algún grupo de pensadores excéntricos se darían a investigar, al margen de las preocupaciones y actividades universitarias, algunas particularidades empíricas de las razas y grupos humanos, puestos en determinadas condiciones sociales, económicas y ecológicas. No se trata aquí de la Antropología con mayúscula, a la manera de una gran coordinadora que dé razón y base real a cuanto se pretenda saber sobre el Hombre en el variadísimo campo intelectual y científico en que se ejerce la docencia universitaria. Por esto, y dada su magnitud, esta tarea no podría ser confiada a la labor de un solo estudioso sino de un equipo, centro, instituto, o como se le quiera llamar, el que debería poder contar con la colaboración mutua e interrelacionada de las diversas facultades e institutos con que cuentan las universidades, sea en el dominio científico-biológico como en el humanístico-filosófico. Y tal Centro, no sería solamente un aporte y un amplificador de la visión intelectual del profesor, del médico, del biólogo, del pedagogo y del investigador en general, sino que —entregada la Antropología desde el ángulo propuesto, en una visión panorámica adecuada— debería ser el estímulo cultural por excelencia del estudiante y del postgraduado, los cuales, como ya es del dominio público, están demostrando en todas las universidades del mundo una pobreza cultural y espiritual lamentables, producto de la especialización excesiva en las disciplinas que profesan, sin que un aporte cultural y una visión de conjunto del fenómeno humano, ni una especulación personal y original, vengan a vertebrar sus conocimientos para conducirlos al plano dinámico requerido por la comprensión verdadera, el entusiasmo científico y la consiguiente eficiencia en la aventura del espíritu. En una palabra, en la contribución que deberían aportar ellos mismos como fruto de su propio inte-

filogenia de las pretéritas humanidades, y ciñendo todo aquello al ejemplo actual que nos proporcionan los primitivos-contemporáneos (malamente llamados: salvajes), el animal, y sobre todo, el antropoide? ¿Puede advertir acaso —si ignora estas cosas— que los pilares fundamentales de la mente humana están constituidos por el fenómeno de la Creencia —por una parte— y el Lenguaje —por otra—? (Este último, en cuanto MECANISMO DE COMPENSACION POR CARENCIA de procesos arcaicos ya atrofiados en el Hombre, como consecuencia de la hipertrofia de su cerebro superior). El primer pilar, la Creencia —sobre la que tan poco se insiste, porque sólo se piensa en las creencias religiosas— ¿no marca, acaso, a la manera de un reactivo indicador, la “calidad” de la integración psíquica, o sea, el mayor o menor grado de conexión de los estratos evolutivos del cerebro (lo que llamamos: el “espíritu crítico”) en este proceso que no es otro que el de la HOMINIZACION EN MARCHA del viejo primate homínido?

Pasando ahora a la psiquiatría, ¿no saldría ella favorecida con las orientaciones proporcionadas por la Antropología? Creo que por lo menos serviría para distraerla de las preocupaciones metafísicas de las viejas escuelas alemanas, mostrándoles cómo las psicosis y neurosis carecen de sentido en su etilogía si el psiquiatra continúa enfrentando al Hombre de la Filosofía: ideal, genérico, reflexivo, blanco, civilizado y cristiano, de preferencia, olvidando que las tres cuartas partes de la Humanidad no son reflexivas sino primordiales en el empleo de su mente; que no son blancas ni cristianas, o que pertenecen a civilizaciones (y la nuestra es una de ellas; digo, la chilena) donde no se da curso al “rechazo” freudiano, al *Verdrängung, refoulement*, o como se le quiera llamar, y donde sólo encontrarán a este animal humano en trance de mutación en marcha (su consolidación hereditaria) y de evolución anormal (ahí, Freud vio claro); pero “anormal” estadísticamente, como lo es todo hombre, por ser él el único entre los casos que nos muestra el mundo viviente, capaz de adolecer de tales trastornos mentales en su vida libre.

La pedagogía, vista a la luz de la Antropología, ¿no nos resultaría acaso, más racional y científica, si esta última le señala las progresivas integraciones mentales que, con el desarrollo y crecimiento del niño se producen en su mente, hasta entonces casi rinencefálica, dándonos así razón de sus cambios en el tiempo (a veces, en brevísimos espacios de tiempo), a medida que progresa su *telencefalización*? Valga decir, aquel proceso cerebral, funcional y evolutivo, que consiste en lo que el Prof. Rof Carballo llamó “la emigración de la función” (desde la zona inferior del arquicortex a la zona superior del neocortex). En otras palabras, una proyección progresiva sobre los es-

tratos más recientes, conscientes y analizadores del encéfalo, de aquellos procesos mentales procedentes de los estratos antiguos, sean estos medio o inferior.

La Biofísica y la Bioquímica tendrán también mucho que decirnos cuando informadas por fin de los mecanismos psicoantropológicos, entren a estudiar, junto y más allá de la electroencefalografía, aquellas formas de energía nerviosa aún desconocidas, y que permiten que un cerebro pueda influir sobre otro cerebro distante, por medio de aquellos "fenómenos Psi" (telekinesia, telepatía, precognición, etc.) que son del dominio corriente en la mente animal presentes a veces, como un rasgo atávico, en la mente humana, y que en la actualidad han entrado en el campo de la ciencia oficial, tanto rusa (con Phigar, Vassilief, A. N. Leontoff, K. M. Bithoff), como en la norteamericana, con el Prof. Rhine, de la Universidad de Duke, como en la francesa, donde Sadron, Douzon y Polonsky, en revolucionaria comunicación a la Academia de Ciencias de París (mayo 9-1960) lograron comprobar experimentalmente un alza de la presión arterial en un sujeto distante y aislado, provocada por el estado emocional de otro sujeto, que el primero ignoraba, y que le trasmitía su mensaje Psi.

La Zoología misma se topará con sorpresas (y con ella esta Biología nuestra y penquista, que rinde tributo al animal pero descarta al Hombre, como si este procediera de un milagro trascendente y estuviera animado de un aura metafísica) cuando llegue a comprobar, a través de las últimas tendencias de la Paleontología, que nuestro homínido quizá no provenga de un *missing-link* entre el antropoide y el Hombre, sino de una forma arcaica de los simios, llamados inferiores o primitivos, como lo está gritando desde la Serología el misterioso Factor Rh, y, desde la Psicología animal, las extraordinarias conductas sociales de Macacos y Cinocéfalos, estudiadas por Zückermann.

La Medicina, las Ciencias Penales, las Políticas —todo cuanto atañe al Hombre— pasarán a tener, quizás, gracias a la Antropología, una base más precisa y científica, si llegan a comprender que el objeto y motivo de su existencia no son sus ideas empíricas ni filosóficas SINO EL HOMBRE MISMO, y que si ignoran o tergiversan lo que el Hombre verdaderamente representa en el concierto de los seres vivos, se limitarán a investigar en un clima de ideas que, como decía cierto filósofo francés: "*Plus ça change et plus c'est la même chose*".

Sobre todo, la Medicina, ocupada hasta ahora del cuerpo y que recién ha pasado a transformarse en una psicossomática, comprenderá que su novísimo recurso, la Hipnosis (extraída a la hora undécima del dominio de los charlatanes) represente antropológica y evoluti-

vamente la manifestación extrema del fenómeno de la creencia, y como tal, una modalidad *normal* de la vida psíquica, común a todas aquellas conductas originadas por la *desconexión* entre los diversos estratos del cerebro, así sea por la provocación de un estímulo verbal (como ocurre en la Hipnosis); así sea por el estímulo químico (como en la embriaguez alcohólica o la anestesia general en sus diversas etapas); así sea por el estímulo fisiológico natural (como en el sueño normal, en la conducta irrazonada sexual —erotización—, o la estrechez emotiva del campo de conciencia). Todos ellos fenómenos eminentemente evolutivos en su etiología, basados en la condición sui-generis del Hombre y de su inacabado proceso de hominización en marcha. Valga decir: de su posición antropológica y evolutiva.

*
* *

Me detengo aquí, porque sería tarea de nunca terminar si diéramos la lista de las disciplinas y conocimientos que se verían influidos y enriquecidos a través de un mayor conocimiento de la Antropología y que, en compensación, adelantarían también enormemente a la Antropología misma, si el científico especializado consintiera por fin en encaminar algunas de sus investigaciones en el sentido que la Antropología le propone como meta de posibles hallazgos y de nuevas conquistas.

Ahora bien, ¿cabría a estas alturas entrar a justificar si existe o no la conveniencia de que las Universidades acojan por fin los estudios antropológicos dentro de sus finalidades investigadoras y docentes?

Me parecería obvio hacerlo, y de mal gusto, insistir.

Por esto, quiero dejar constancia al término de esta Lección de Clausura de nuestro Curso de Psicoantropología, que si bien es cierto que la Universidad de Chile posee desde hace algún tiempo un Centro de Estudios Antropológicos, solamente la Universidad de Concepción, y su vidente Rector, señor David Stitchkin Branover, han sido los únicos en propiciar, entre todas las Universidades del país, un curso regular que, aunque libre, comenzará en 1962 con su cuarto año de existencia.

A la Universidad de Concepción y a su digno Rector retorne, pues, el mérito y la gratitud por tan generosa y acertada iniciativa.

A mis alumnos les corresponde, por derecho propio, mi emocionado testimonio por su dedicación, interés, y lealtad extraordinarios dentro de este campo nuevo y hazaroso, sin halagos hasta ahora ni recompensas propiamente universitarias.

A la inmensa pléyade de alumnos de la Universidad que nunca pisaron los umbrales de mi sala de clases, y a la no menos grande de los señores Profesores que nunca creyeron en ella ni se dieron por enterados de su existencia, también les ruego aceptar mi simpatía y comprensión, por lo que a mi modo de ver justifica su actitud: la falta de información sobre nuestro propósito, y también, sobre las finalidades modernas de la Antropología. Quizás si estas páginas que hemos puesto por escrito, contrariando la costumbre de mis clases orales y espontáneas, no han tenido otro objeto que llenar este vacío en el año que viene.

Como fuere, esta Universidad de Concepción, al facilitar nuestras iniciativas, ha demostrado ante la faz del país que ella, por lo menos, ha sobrepasado esas integraciones mentales que, tanto en las Instituciones como en el cerebro de los hombres, marcan un progreso en su evolución. Esta vez para bien de todos nosotros y para honra en cuanto al nivel intelectual alcanzado por una universidad chilena.

Separata del N° 394
de Revista Atenea

Editorial Universitaria, S. A.